



## LUNA CORISTA

### I

—¡Niños, que suban a cenar! Este es el grito que invariablemente oía a las ocho de la noche desde mi cuarto, bendito llamamiento, porque tras él cesaba la infernal batahola que los Montalván, en compañía de los hijos de Peredo y los de la accesoria, metían en el patiecillo. Era la corrida de toros su pieza favorita, hacía de berrendo un *escuintle* que sólo para ello servía y a cada mordizco lanzaba un ladrido capaz de romper el tímpano de un mercader, sino tocaba corrida, el San Miguelito y si no este ruidoso juego, algo escandaloso como apostar carreras, enfuellar a los gatos, correr ¡el demonio! ¡La casa de vecindad con todos sus desórdenes! ¡Media docena de muchachos malcriados que se desgañitaban y parecían de exprofeso no dejarme leer una página de mi clase, o escribir tres renglones de mis ocios lite-



rarios de aquel entonces! Agregado al retozar de los chicos, el voltear de la bomba, los martillazos del carpintero de abajo, que trabaja con luz artificial, o una disputa, la eterna disputa entre las Garay y las Silva que estaban de pique, y de portón a portón todas las noches y por un quitame allá esas pajas, se ponían como nuevas.

Conque daban las ocho, y llamaban a cenar a los muchachos Montalván, que no siempre obedecían hasta que la señora se asomaba por el balconcillo y los amenazaba con bajar por ellos cuarta en mano. . . . Oíase el atrabancado subir de los muchachos por la escalera de palo y podía verse que la vela de sebo que estaba en la pieza que fungía de sala, era transportada a la siguiente, donde se armaba nuevo desorden, arrastrar de sillas, chocar de tazas y voces de:

—¡Mi pan, Concha!

—¡Tráete la azúcar!

—¡El vírote es mío!

—¡No, es mío!

—¡Adiós de mío, éste está mordido, es de Pepe!

—¡No, no es de Pepe, porque Pepe no ha cogido su pan!

—¿Quién cogió pan, Concha?

Y terminaba la cosa porque los hermanos se arrebataban los unos a los otros el vírote deshecho y la señora llegaba repartiendo coscorrónes que hacían llorar a los beligerantes.

Estaba mi cuarto tan cerca y frente por frente de la vivienda de la viuda Montalván, que sin dificultad miraba cuanto en ella sucedía. Sabía, pues, que se llamaba cena a una taza de te por cabeza con su pan de a centavo, que una vez apurados ambos cada cual se iba a su cama, y sólo la madre a veces hasta la media noche cosía ropa ajena. Horas enteras permanecía encorvada y soñolienta dando puntadas y sólo alzaba la cabeza de cuando en cuando

para despavilar con una horquilla el velón de llama inquieta y mustia.

Trabajo le costaba mantener a aquellos cuatro muchachos, muy chicos todavía, y aunque pasaba de los cuarenta, la vida pobre, las contrariedades, la de malas, la habían envejecido más, afeándola, pero se sospechaba que en sus buenos tiempos debía haber sido si no bonita, agradable, y en sus modales se dejaba adivinar una educación muy por encima a la del plebeyo vecindario.

Era una excepción en aquel barajarse de gentes enredadoras, chismosas y groseras, y sólo alternaba con una doña María, vieja del segundo patio, rezandera y retraída, y con don Manuelito, señor de fieltro y plaid a cuadros que tocaba bien la vihuela.

Por Mayo enfermóse la señora de reumatismo articular, y hela de la noche a la mañana con las manos inútiles para coser como antes, perdióse la máquina White en el Empeño y me pregunté lo que ella se preguntaba: y ahora ¿de dónde sacar para estas cuatro bocas: las de sus hijos? aflictivo problema difícil de resolver para una viuda sin atractivos en este país en que la conquista del pan para la mujer es casi la conquista del imposible.

Vivió quizás de fiado, ¡pero qué vida tan amarga! No oí ya más aquella su voz, voz entrada en años pero no del todo cascada, responder con una copla sentida a la frase temblorosa de los entorchados que rasgueaba don Manuelito en la vihuela sonora, no la volví a ver encorvada sobre la costura y sí muchas veces salir a ciertas horas contra su costumbre para hacer visitas a gentes pudientes y pedirles limosnas, lo diré de una vez.

Tras el sofá que ví en el Empeño salió un baúl, y tras el baúl cuanto era empeñable, pero después todo se sumió en aquella casa desmantelada en profundo abatimiento; sólo los muchachos que de nada



se daban cuenta, con irónica inconsciencia retozaban como siempre, y como siempre lanzaban gritos alegres. ¡Me afligía de tal manera su suerte, que ya los toleraba sin lanzarles para mis adentros las maldiciones de costumbre! Y pasó Agosto.

## II

Pues señor, que un mozo de cuerda subió acuestas un *maniquí* de carrizo prestado por quién sabe quién, casa de los Montalván. Algo había de pasar ahí de anormal, quizás un cambio de fortuna, porque la señora doña Refugio salía a horas determinadas, volvía con rollos de papel, y se ponía a cantar todo el día temas de ópera que repetía en la noche acompañada por don Manuelito. Me supongo que estudiaban con tezón, porque oía yo repetir acordes, buscar notas dominantes, insistir sobre un compás y largas pausas. Mayor fué mi curiosidad cuando ví vestir al maniquí con una enaguilla azul turquí con ribetes de galón dorado, un corpiño de terciopelo. ¡Qué tendrá entre manos esa señora! Yacían por el suelo plumas de colores, flores de trapo, diademas de hoja de lata y otros carnavalescos atributos, y si no me engaño, allá muy tarde, cuando todos dormían, miraba una sombra proyectarse en los visillos de la vidriera, una sombra que se movía reproduciendo los ademanes de una gente que recitara algo trágico y *sotto voce* se escapaban aquellas frases italianas de *¡Vincitore! ¡Vincitore!*

## III

Me quedé perplejo cuando afoqué mis gemelos y ¡no, no podía ser! no quería creer que doña Refugio, viuda de Montalván, fuera aquella ridícula corista,

vestida de egipcia y cantando el concertante de Aída. Y sí era, era la misma, atando cabos me convencía. ¡Con razón cantaba aquello día y noche, con razón declamaba sola, con razón ví en un sillón vestido el maniquí con la falda aquella! ¡Pero vaya una señora! ¡De dónde se le metería la idea de entrar al teatro, a su edad, con aquella cara de abuela, los miembros flacos, el color desastroso, toda ella incapás, sin dientes, semicalva, ¡vamos! una figura de pesadilla, de hacer reír, de causar disgusto contra una empresa que contrataba esperpentos?

Para mí no existieron Radamés, Amonasro, Aída, ninguno de los personajes, no oí un compás de la colorida y palpitante partitura por seguir al cuerpo de coros: iba con los gemelos buscando entre todos a doña Refugio.

Salieron de entre las bambalinas en tropel. Una moza de contornos americanos, recargada de pulseiras de bronce y adornos de oropel encabezaba las filas, me movió a compasión una tísica de ojos azules y piernas de cigarro vacío, otra cuyos brazos no guardaban proporción con las pantorrillas regordetas, aquella otra que parecía una vacante con sus mandones de pintura de suelo en los carrillos, la de más allá que conocía como devota y se empeñaba en fingir una sonrisa mundana y seductora, que más parecía desesperada, los varones con trajes egipcios en la mente del dueño del teatro solamente, un jayán que parecía aparecido junto a un tuerto que no presentaba al público más que el perfil, un chiquitín, un italiano de caricatura que se empeñaba en estar siempre en primer término y abría la boca más que todos, y al aplaudir daba las gracias pretensiosamente, el de al otro lado quería llamar la atención, accionando a la alta escuela, en tanto que un flaco descolorido que no abría la boca y se conformaba con extender la mano automáticamente, parecía haberse



dormido de pie, pero doña Refugio, la viuda vieja, pintarrajeada, dejaba ver por el escote el esternón vigorosamente acentuado, los tendones, las venas hinchadas, la epidermis pergaminosa embadurnada de no sé qué menjurge, reíame de los flacos brazos como los de una Parca, y las piernas, ¡qué falta de vergüenza! eran dos canillas de esqueleto en medias de color de carne, ¡y luego aquel peinado!

Más le valiera no haber nacido, tenía junto a mí un cronista que me dijo:

Esa señora está buena para cuando se ponga en escena la Danza Macabra... pero no para Aída, la voy a coger en mi próxima revista: un abuso de la empresa...

Reí porque era para reír la cosa, pero después, oprimióseme el corazón cuando pensé en la casa pobre, en los cuatro niños haraposos, en la miseria, y me dije: quizá el corazón de la madre la impele a ponerse en ridículo, a exhibirse pobre, vieja, en la chillante luz de un escenario.

## IV

Unas diez personas se perdían en la obscuridad del patio, hundidas en las rojas bancas, un clavo de cigarro, a lo lejos, agujeraba las sombras, arriba barrían los palcos terceros, y se oía arrastrar de sillas y golpear de puertas, el menor ruido resonaba en aquel teatro vacío, cuyo silencio contrastaba tristemente con la animación que le prestaba la luz cayendo a chorros del reflector central la noche de función, la concurrencia en traje de gala, los colores de las telas, las mujeres escotadas y los hombres de frac: ahora semejaba una bodega enorme, mal iluminada, el primer término del foro por opacos quinqués colgados de un alambre tendido, los músicos, con el sombrero puesto, formaban grupos, el apuntador, a la luz

de una vela, escribía, el director de escena, sentado sobre la mesa de palo blanco, departía con varios individuos de la Compañía, y allá en el fondo del teatro, deslumbraba la luz del día blanquísima, entrando de golpe por la puerta que abrían los que entraban. El tenor, de paletó, ofreciendo caramelos a la soprano absoluta con sombrero de grandes flores rojas, la contralto parecía encantada con un perrillo dihua-hueño que lloriqueaba entre los dobleces de un abrigo, rodeado por las coristas que no cesaban de cosquillearle el diminuto y aguzado hocico. Las coristas reían conversando acaloradamente, los varones alteraban con ellas y los maquinistas a la carrera, dando empujones, pidiendo paso a gritos, corrían bambalinas, desenrollaban fondos, preparando la decoración para la noche. El empresario departía con el director de orquesta, enseñándole un periódico: era el "Cantón Teatral", ya lo veía yo, el "Cantón", que traía una acerba crítica contra Aída: el cronista, vecino mío de asiento, había cumplido su dicho, ponía a una corista decrepita como trapo de cocina, una anciana, decía, que no puede dar una nota sin toser y carraspear, una vieja más para la muerte que para el arte, una señora que debe cantar letanías y misterios de rosario, el a la rorro niño a sus nietas, y no la música electrizada de Aída, que causa, saliendo de un cascado pecho, el mismo efecto que un dúo de amor de una sacristía del siglo pasado. La empresa abusaba del público, ya que cobraba caro por asiento debía, en pro de su prestigio, contratar coristas y no momias. Por el estilo decía Lápiz Azul, que así se firmaba el censor, otras muchas cosas que habían provocado en los coros de ambos sexos los más venenosos comentarios, y digo venenosos porque hasta el apuntador, manso de suyo, reía de un modo satírico, que me hacía exclamar: ¡doña Refugio, le ha ido muy mal! Apareció doña Refugio en es-



cena y reinó un silencio imponente, parecían esquivar su salud y los que le tendían la mano reían en sus espaldas, algo malo alentaba a aquellas gentes hipócritas a mirar de hito en hito al director de escena, dábanse con el codo, se empinaban para ver qué sucedía, cuando la de Montalván lo saludara. ¡Qué había de suceder! que la llamaba aparte y con elocuente ademán le alargaba el periódico señalándole el párrafo. . . . Estoy seguro de que le dijo que el director quería protegerla, pero desde el momento en que la prensa habla, las compañías se comprometen, que daba ira aquel injusto proceder de Lápiz Azul, que quizás un enemigo, tal vez una venganza, pero que. . . en fin, que aunque ella había pedido dinero adelantado, olvidaría esa deuda. . . y cesaba el contrato.

Debe, debe habérselo dicho el meloso hijo del Tiber, debe ella de haberlo oído con el alma en un hilo y muy pálida, la poca luz no permitía apreciar este detalle, pero sí otros dos. . . que andaba como una ebria y que poco le importaba dejar el rollo de papeles de música olvidado en una silla de tule. Nadie avanzó para consolarla, ni una sola la acompañó en aquel tremendo trance hasta los bastidores, charlaban y reían haciéndose que nada sabían. Afinaban los violines y después hubo un momento de desorden, el director de la orquesta golpeaba el atril, diciendo: ¡Vamos señores, a sus lugares! Mientras doña Refugio salía del ensayo sola, enteramente sola.

.....

.....

En la noche los niños jugaron mucho y gritaron más, pero dieron las ocho y ni sonó la vihuela de don Manuelito, ni los mandaron llamar, porque no había cena en aquella casa infeliz!



## COSAS DE AYER

A Margarita Rovalo.

Lo primero que hicieron aquel día fué darme una bañada de Dios y señor mío.

Preparóse la calentadera desde temprano, escogióse el jabón más grande y el estropajo más rudo, y ahí de mis carnes infantiles restregadas sin piedad por una doña Dolores que sabía hacerlo a fuerza de buena aya. . . .

—Es preciso que te enjabone bien la cabeza. . . .

—¡Pero no tan fuerte, me vas a desollar!

—Mira como se te ha percutido el pezcuezo, vamos, déjese dar una pasadita por los sobacos.

—Me haces cosquillas.

Aquello se volvía guasa, me retorció y pataleaba en el agua tibia salpicándolo todo. . . .

—¡Mira que me mojas! Pero mis nervios estaban de buen humor y con las melenas pegadas a la fren-



te, los ojos apretados, escupiendo agua y resollando fuerte, con el aspecto de un perro mojado, me entregaba a infantiles cabriolas; la nana me apretaba fuerte de un brazo con sus manazas de mujer obesa y se fundían en su carne casi negra los blanquísimos copos de jabón, desnudos los robustos brazos, arremangadas hasta el codo las mangas, arrojábame sin piedad altos jicarazos que arrastraban con las blanquísimas espumas del de la Puebla.

—Estate quieto, mira que se enoja tu mamá, deja el pie en paz!

—Pero si me haces cosquillas.

—Bueno, pues te quedas así. . . ¡Bibiana, tráigame la sábana, dígale a la niña que las llaves están pegadas en el guardarropa!

Tras el grito acudía la doméstica con lo pedido y yo protestaba porque una mujer que no fuera mi nana, entrase al cuarto del baño.

—Cierre esa puerta pronto, que se me mete el diñón, gritaba tiritando. . . ¡Sáquese de aquí!

—¡Qué modos, niño!

—Pues que se largue.

Y doña Dolores envolvíame en la sábana, que olía a ropa limpia, y parábame sobre una silla, en la que me acurrucaba en tanto que ella traía la ropa blanca acabadita de planchar. Un bienestar indefinible recorría mi cuerpo en ondas de agradable calor; hubiera querido estar siempre así, abrigado, somnoliento. . . pero el tiempo urgía, y doña Dolores tornaba a secarme y a ponerme los calcetines, la camiseta y los calzones, que por bombachos llamaba de mujer.

Y heme aquí listo para recibir las puyas de la familia, que en coro me saludaba. Quién aseguraba que estaba muy blanquito, quién que había quedado peor que nuevo, quién que había perdido lo menos una libra de impurezas, hasta que una tía vieja que

me consentía, tornábame un beso pasado por agua gritándome:

—¡Parece un botón de rosa! Y otras muchas cosas que sería inmodesto repetir hoy, que ya estoy grandecito. ¡Las tías tienen un modo de ver las rosas y los sobrinos!

¡Pobres gentes! Aquel día era para ellas de constante fatiga, todas exhumaban el calzado, de charol por supuesto, de la canastilla de una cercana zapatería; pujando, me calzaban las botitas que me quedaban chicas; tanteaban si me quedaban grandes, si hacían bolsas, si me jugaba el pie, o me hacían parar y dar una patada para ver cuánto sobraba de punta. . . hasta que convenían en que unas de abrochar quedarían buenas dándoles una hormada y poniéndoles sus plantillas para no ensuciar el calcetín.

La ropa nueva, entregada desde la víspera, flamante y oliendo a paño nuevo, dormía sobre la cama paterna envuelta en una sábana limpia; sobre ella la camisa muy cargada de almidón, la corbata blanca y los diminutos guantes de cabritilla. . . . No me enviaban a la peluquería porque un Figaro de anteojos, después de comer, debía rizarme el pelo.

¡Cuán largas me parecían las horas que faltaban para las ocho y media en punto, leía y releía el programa.

Solemne distribución de premios. . . a las ocho y media en punto. . . Programa. . .

Le poète et le paysan. . .

Obertura por la orquesta.

Memoria leída por el señor Secretario.

Aria de "Capuletos" por la señorita Cruz Perezcano, Bellini.

Discurso en francés por el niño Albino Urrutia.

"La Cascada de Perlas". . . pieza para harpa y piano, por los señores Juan Talavera y Ricardo Melo. . . Gormie.



Distribución de premios a los alumnos de la primera sección.

Fábula por el niño Nicolás Manzano. . . .

¡Ese era yo, Nicolás Manzano!

Metíame a la sala, y con el miedo de ser sorprendido recitaba frente al espejo aquella fábula famosa. . . . Ensayaba la caravana, en la mano izquierda un rollo de papel atado con listón azul, la derecha pegada al pecho. . . . avanzaba. . . . saludaba al director. . . . y después "El Lobo, la Zorra y el Burro", y ahí de los ademanes aprendidos de memoria, el señor lo había dicho: con calma, con calma, no como una carretilla. . . . y sacaba del bolsillo un papel para aprender el penúltimo verso que se me olvidaba.

No comí porque la inquietud me quitaba el apetito, y seguía el lento, el lentísimo andar de la aguja del reloj. . . . queriendo que las horas fueran un instante.

No me seducía la esperanza de un aplauso ni me infundía temor el público, porque estaba en esa edad en que el aplauso es ruido y el público muchas gentes, pero gentes sin pasiones.

No me alborotaba el estrenar traje, me alborotaba soñarme cargado con aquellos libros empastados en percalina roja y oro, ir a saludar a mis primos a un palco, y sobre todo recibir aquel otro premio, aquel juguete paternal y aquel escudito de mamá grande que me decía en voz baja:

—Para tus dulces.

Ya sabía que aquella moneda la habían de cambiar por un peso y mi madre había de decirme:

—Trae, te lo guardaré, no lo vayas a gastar en porquerías. . . . Medida económica no muy acorde con mis deseos.

Encendían por fin las lámparas y ahí de la tarea concienzuda de vestirme, con esas prisas de última hora. . . . No parecía el cepillo de dientes, no abro-

chaba bien el botón de la camisa, dábanme vueltas sin consideración alguna, subíanme los pantalones para colocar convenientemente los tirantes, me oprimían mucho las ligas y andaba con los brazos abiertos, porque no quedaba bien el saco de la sisa. Volvían todo carreras. . . . ¡El pañuelo! Una vecina invitada para acompañarnos, se acomedió a echarle perfume. Cepillaba el sombrero mi nana y me ponía los guantes mi hermana mayor sin poderlos abrochar con una horquilla.

El portero avisaba que el coche estaba ahí y mamá cerraba puertas, y apagaba luces, daba órdenes a los criados, no encontraba las llaves, olvidaba los anteojos, que no parecían, y yo, inquieto y mohino, sin saber dónde sentarme, yendo y viniendo, hacía observar que "¡iban a dar las ocho!"

—¿Tu mascada? ¡Ya la llevas en el abrigo!

—Ya. . . .

—¿Te enjuagaste la boca? Mira ese pañuelo, se te sale. ¡Cuándo serás ordenado! ¡Ya? . . .

—Ya. . . . (convencido.)

—Si quieres anda al cuarto de baño, no sea que después se te ofrezca. . . .

—Ya fui. . . .

—Pues vuelve. . . .

—Pero si. . . . dime si sin ganas. . . .

—Allá te lo haya si empiezas con tus imprudencias. . . .

La cocinera, las galopinas, el gato, mi nana, la Esmeralda, el portero, todos en fila hablándose al oído, me veían salir, formando doble valla.

—Mucho cuidado, no se valla a quemar la casa, cierren bien, no nos tardamos, ya venimos. ¡Ah! las sábanas limpias que se las dé Dolores.

—¡Mamá, las ocho y cinco!

Y he aquí que salíamos y montábamos al coche. Me acuerdo que antes de partir elevaba los ojos al bal-



cón, en cuyo fondo luminoso se destacaba la silueta de una anciana que me enviaba besos, la pobrecita enferma que momentos antes me acariciaba y me bendecía, la mamá grande que no podía salir al aire y me contemplaba tras los vidrios.

—¡Adiós! (con la mano.)

—¡Adiós! (con el pañuelo.)

\*  
\* \*  
\*

¡Qué amarga tristeza se apodera de mí cuando leo ese párrafo de gacetilla, ese amarillento recorte de periódico, en el que está mi nombre y el de mi fábula, y que una mano querida, la de mi madre, colocó entre las hojas de un libro de misa! Se le humedecían los ojos al leerlo y desde entonces nunca, nunca he visto un aplauso que me conmueva más por su ternura!



## ¡POBRE CEJUDO!

### I

Pues no hubo modo. Todo estaba arreglado, me hicieron escribir unas cinco líneas en papel ministro. Se puso los lentes el amigo Robleda, leyó, me miró y me dijo: no es mala la letra, es clara, bien hecha. No hay faltas de ortografía. Pues amigo, agregó sentándose frente al bufete, parece que nos quedamos con usted. Ya sabe, son treinta pesos al mes, pero con esperanza de aumentar el sueldo si los negocios van bien, Voy a ver si no está ocupado el jefe y le hablaré desde luego. Un momento. Y Robleda se metió a la otra pieza.

Me sentía muy feliz en aquellos momentos, muy feliz. Rebozaba mi alma agradecimiento a ese espíritu protector que parecía haberme dicho al oído tal vez en sueños: Castroverde, ve en casa de Dollard,